

## LOS LOROS CHILENOS EN LA OBRA DE MOLINA

POB

RAFAEL BARROS V.,

Ingeniero Agrónomo, U. C.

Con motivo de la conmemoración del primer centenario de la muerte del Abate don Juan Ignacio Molina, se rindieron merecidos homenajes a este gran naturalista chileno. A los hombres de ciencia nacionales se unieron distinguidos naturalistas extranjeros, en el noble empeño de honrar al ilustre sabio estudiando su vida y analizando su obra.

Aunque sin autoridad para ello, me propuse en ese tiempo allegar mi modesto aporte a la crítica de su Compendio de Historia Natural, estudiando los loros de que trata. Pero dificultades de entonces impidieron llevar a término la tarea empezada, la que hoy he acometido nuevamente, animado por el deseo de procurar que su obra le sea reconocida en forma más completa.

La negra injusticia que culminó con la expulsión de los jesuitas de España y sus colonias, y con la confiscación de sus bienes, por un gobierno apasionado, envolvió a Molina condenándolo al destierro, en tiempos en que con mayor entusiasmo se entregaba a la observación de la naturaleza, y cuando empezaba este fecundo campo a entreabrirle sus secretos, y a mostrarle sus amplios horizontes llenos de subyugadores atractivos.

Este enojoso incidente en la vida del joven naturalista, fué un rudo golpe que le impidió profundizar y ampliar sus observaciones en el país. Pero, me atrevo a pensarlo, constituyó una circunstancia feliz, si puede decirse, para Chile y su historia natural.

El destierro, con sus sinsabores, con sus estrecheces pecuniarias que lo obligaron a dedicarse al profesorado en su ciencia favorita, lo puso en contacto, en relación más inmediata con hombres de ciencia y con centros de cultura y estudio. Su residencia en Italia le dió la oportunidad de consultar y adquirir obras, que en su patria no habría podido tener a su alcance, y así pudo enriquecer sus conocimientos, y cultivar más el gusto por la hermosa rama de las ciencias, a que tanto se había inclinado su espíritu.

Por otra parte, la distancia, la nostalgia de la Patria amada, avivó sus sentimientos, agigantando sus afectos. El amor

de la Patria al través de los mares se hizo en él cada vez más ardiente, hasta convertirse en una obsesión. Y como le hería en las fibras más íntimas del alma el desconocimiento que de ella se tenía en Europa, se decidió a acometer la ardua empresa de darla a conocer a los sabios y a los estudiosos, honrándola del modo más alto y noble: mostrando el gran interés científico de sus producciones y de su historia política, por medio de la obra magistral que dió a luz, con la más sublime modestia.

Las circunstancias en que el triste expatriado debió escribir sobre la historia natural de nuestro país, sin tener material a la vista, sin poder rectificar ni completar sus observaciones fueron muy desfavorables e hicieron que su obra se resintiera de ello.

Seguramente los apuntes tomados por él en Chile, que le habían sido robados y que pudo recuperar providencialmente, no comprenderían, con respecto a las aves (y a otros seres), descripciones, o éstas serían muy breves e incompletas, sino que versarían más bien sobre costumbres, utilidad, distribución, etc. Sin duda, cuando recopilaba datos, no pasaría por su mente la idea de componer una obra; sus apuntes tendrían por objeto prepararse para el profesorado. Por eso más tarde, cuando necesitó hacer verdaderas descripciones, le faltó el material adecuado, viéndose forzado a trabajar, en parte, de memoria, basándose aquéllas más sobre sus recuerdos que en sus apuntes. Aun más, para ciertas aves debe haber sido influído por la vista de especies extranjeras. De ahí que sus descripciones no concuerden con las aves a que se refieren, cuyos nombres vulgares da con gran precisión, y cuyas costumbres describe con pasmosa exactitud; nombres vulgares mediante los cuales pueden reconocerse las especies sin titubear, con la seguridad del que consulta un buen mapa para orientarse.

A muchos juicios contradictorios han dado lugar los escritos de nuestro insigne naturalista entre los sabios extranjeros, algunos de ellos verdaderamente apasionados, estrechos e injustos. Sus autores no han querido ver en ellos sino lo que podía haber de errado o inexacto.

Afortunadamente otros naturalistas, sobre todo en los últimos tiempos, los han juzgado más serenamente, con mayor ecuanimidad, aquilatando la gran suma de ciencia que esos escritos encierran. No pocos han procurado identificar las especies cuyas descripciones son insuficientes. Pero no todos han logrado ponerse de acuerdo, sino sobre un cierto número de ellas.

Con respecto a las aves debo decir que los naturalistas

que han escrito sobre las que describió Molina, con el propósito de identificarlas, a menudo han seguido un camino que, para muchas especies, no podía llevarlos al fin deseado. Entre éstas se hallan particularmente bien marcadas las de los loros, de que trata nuestro compatriota.

El error fundamental de los ornitólogos extranjeros estriba en haber considerado sólo las descripciones, y en no haber concedido suficiente importancia a las *costumbres* narradas y a los *nombres vulgares*. Han desdeñado el examen de los nombres vulgares que da el ilustre naturalista criollo, familiarizado con ellos desde la niñez, o no estaban en situación de emprender dicho examen.

Estos dos elementos, sobre todo el último, dan la clave para el reconocimiento seguro de gran parte de las especies de Molina.

Los nombres vulgares cuidadosamente empleados por él, son iguales, en su mayoría, a los que hoy día se usan. Algunos son nombres españoles; otros son araucanos o araucanos chilinizados. El insigne compatriota en su entrañable cariño a la tierra lejana y a todo lo que describía como propio de ella, tuvo la luminosa idea de emplear gran parte de los nombres vulgares como *denominaciones específicas*, en sus cortas y, a menudo, erradas descripciones, lo que, a pesar de la deficiencia de las diagnósis, no deja cabida a dudas en el reconocimiento de esas especies.

Ahora bien, aplicando mi tesis a los loros de su obra, expondré mis conclusiones.

El «thecau», *Psittacus Cyanalysis*, Molina, es el loro barranquero, conocido hoy día con las denominaciones de loro y de *tricao*. Este último es nombre ya antiguo, y nuestra geografía lo ha consagrado, dándolo a una de las estaciones del ferrocarril de Curicó a Hualañé, Tricaó, nombre del punto donde está ubicada, y que proviene de la abundancia de loros que allá había en otros tiempos. En la actualidad están agotados, como en la mayor parte del área que antes habitaban.

El tricaó debería designarse, en consecuencia, y aunque la descripción del Compendio de Historia Natural no sea exacta, *Cyanolyseus cyanalysis* (Molina).

El «choroy», *Psittacus Choraeus*, Molina, es conocido en la actualidad con el mismo nombre vulgar. Pero la descripción que Molina da del pájaro es totalmente falsa, pues dice: «tiene la parte de arriba del cuerpo verde, el vientre ceniciento, la cola proporcionada». (1)

Esta descripción parece referirse, en mi concepto, a la catita mendocina, *Myiopsitta monachus* (Boddaert), muy común como ave de jaula.

Me inclino a rechazar la opinión de Deautier y Steullet, que atribuyen la descripción de Molina al periquito *Amoropsittaca aymara* (d'Orbigny) (2), porque esta última ave es muy pequeña, y, por lo tanto, no podía haberlo engañado, mientras que la catita es de tamaño semejante. Molina advierte que, tanto el choroy como la especie de que luego hablaré, son del tamaño de una tórtola. El periquito, en cambio no excede el de una tortolita cuyana, *Columbina picui picui* (Temminck).

Según esto, nuestro choroy debería denominarse *Enicognathus choraesus* (Molina).

La «jaguilma», *Psittacus Jaguilma*, Molina, es sin la menor duda, nuestra cata, *Microsittace ferruginea*, cuyo nombre araucano, de que se deriva el específico elegido por nuestro naturalista, es *ragüilma*. La descripción debe haber sido hecha de memoria, y de aquí su inexactitud, lo que no obsta para reconocer el pájaro a que se refiere, guiándose por el nombre.

Esta especie, sin embargo, ya había sido descrita por P. L. S. Müller, por lo cual el nombre específico dado por éste tiene prioridad sobre el de nuestro compatriota.

Pero el eminente ornitólogo Dr. Franck M. Chapman, a quien tanto debe la ornitología sudamericana, demostró, no hace muchos años, que la cata del centro y sur de Chile difiere de la de la región austral, donde se halla la localidad típica de la especie, por lo cual fundó la subespecie *Microsittace ferrugineus minor*, Chapman (3).

Ahora bien, el ilustre jesuita chileno no pudo conocer la cata de la región austral; él, en su tratado se refirió a la que había observado en el centro, donde abundaba, según dice, entre los grados 34 y 45 de latitud sur. Por lo tanto, el nombre específico de Molina sería válido como subespecífico, correspondiéndole, por consiguiente, a la cata del centro y del sur del país, la denominación de *Microsittace ferruginea jaguilma* (Molina).

#### BIBLIOGRAFIA

(1) Abate JUAN IGNACIO MOLINA.—*Compendio de la Historia Geográfica y Natural del Reino de Chile*. Traducción de J. de Arquellada Mendoza, pág. 287. Madrid, 1788.

(2) ENRIQUE DEAUTIER y ALFREDO STEULLET. *Las Aves descritas por Molina*, en «Revista Chilena de Historia Natural». Año XXXIII (1929), pág. 479.

(3) FRANK M. CHAPMAN. *Descriptions of proposed new birds from Peru, Bolivia, Argentina and Chile*, en «Bulletin of the American Museum of Natural History». vol. XLI, págs. 323-324. Nueva York, 1919.



1. Loro, tricao, *Cyanolyseus cyanolysios* (Molina)
2. Cata, *Microsittace ferruginea jaguilma* (Molina)
3. Choroy, *Enicognathus choraeus* (Molina)